

## PRÓLOGO

Estamos ante un texto doblemente interesante: por una parte, porque trata sobre el noviazgo, que hoy más modernamente se llama «estar saliendo», cuestión importante en todos los sentidos. Y por otra, porque está escrito en forma de diálogos, que me han parecido sugerentes, atractivos y cercanos.

El profesor Hernández Urigüen ha sabido ofrecer un producto práctico, adentrándose en el bosque espeso de la semántica afectiva, deslizando el *me siento atraído, me gustas, pienso en ti, te quiero, te necesito*. Este entramado de sentimientos provoca una gran confusión y se mezclan hechos e intenciones, por eso es tan importante saber aclarar en el vocabulario personal de la afectividad, qué significa *estar enamorándose*.

Hay dos notas características del *enamoramiento*: una primera, que es la condición necesaria para que esto se produzca, **la admiración**, que no es otra cosa que sorprenderse positivamente ante alguien que uno va conociendo, y le descubre un mundo de valores y belleza interior que le atrae, que le empuja, que le arrastra a profundizar más y más en qué se esconde debajo de la superficie de ese ser humano. La segunda nota es el **no dejar de pensar en esa otra**

**persona**, lo que expresaba don Quijote a Dulcinea con frase certera y notarial: «La dama de mis pensamientos».

En nuestro occidente, el hombre se enamora por la vista y la mujer por el oído. Al hombre le empuja *la belleza exterior*, cuya máxima expresión se centra en la cara para extenderse después a toda la geografía del cuerpo. Para un hombre, una mujer hermosa está de entrada en esa conjunción que es la geografía facial y la corporal. Todo el cuerpo depende de la cara: ésta es la tarjeta de visita de la persona que tiene su propio lenguaje y expresividad, los ojos, los labios, las mejillas, la conjunción de la cara enamoran y hacen que toda la conducta se dirija en esa dirección. Después viene *el cuerpo*. Esa envoltura que nos transporta de aquí para allá con su peso y su volumen.

La mujer, que sabe más de los sentimientos que el hombre, se fija más en *la belleza interior*: por eso el oído lleva la voz cantante y lo que oye decir del otro le sirve de acicate para conocerlo más y sumergirse en su persona y en su conducta. El profesor Hernández Urigüen traza con precisión esas fronteras huidizas que se mueven y oscilan y saltan y se desdibujan, en esa zona que abarca el amor y el enamoramiento. Y subraya con claridad la importancia del *noviazgo*. La palabra «noviazgo» ha sido sustituida en el lenguaje actual por «salir». La expresión «**salir**» significa que una persona le pide a la otra conocerse más, tratarse, trabar una amistad más íntima, en donde hay un intercambio que va desde lo superficial hasta profundizar en las ideas, las creencias, los gustos, los puntos de vista y las ilusiones.

Me parece de una gran pedagogía lo que ha realizado el autor de este libro: jóvenes de distintas edades y estirpes hablan, comentan, dicen, subrayan, muestran acuerdos y ofrecen desacuerdos sobre todo este gran tema que es *el mundo del amor*. Cuando el amor llega puede ser ciego, pero cuan-

do se va es muy lúcido. De ahí la importancia de acertar en la elección y éste me parece un asunto central.

Analizar el cómo y el porqué una persona se enamora está erizado de dificultades, de tal manera que en el momento actual me parece que una de las asignaturas más importantes es *la educación sentimental*. Educar es convertir a alguien en persona libre e independiente, educar es entusiasmar con los valores: seducir por encantamiento y ejemplaridad. Lo diría de una forma más poética: educar es introducir en la realidad con amor y conocimiento. Es coger a alguien de la mano y enseñarle lo que hay fuera, lo que está pasando, no con dureza ni con desprecio, sino con el sigilo del afecto y el conocimiento certero.

La educación sentimental tiene dos vertientes complementarias: una es la *información* (datos) y otra la *formación* (criterio); la primera es un acopio de hechos que son recibidos y almacenados por esa persona, eso es mucho, pero es poco; la segunda significa la capacidad para dirigir nuestro comportamiento hacia lo mejor. Por eso educar no es enseñar a alguien para que aprenda matemática o geografía o historia, sino prepararlo para vivir la historia personal del mejor modo posible. *Educar es enseñar a pensar*, la cultura lo que hace es enseñar a vivir.

La primera es la urbanidad del pensamiento, tener bien amueblada la cabeza, la segunda –la urbanidad– de la vida: saber a qué atenerse, distinguir lo que está bien de lo que está mal. Por esos derroteros nos topamos de frente con la ética: *el arte de usar de forma correcta la libertad*.

Hay toda una belleza que se expande por todo el libro y que va dejando caer una gotas que me parecen importantes para el lector avezado, la educación debe ser integral: debe comprender los planos físico, psicológico, social, cultural y espiritual. Cualquier oficio se vuelve filosofía, se convierte

en arte, invención, creatividad... hasta que la persona ponga su vida en esa tarea que debe ser arte y oficio, corazón y cabeza, libertad y hábito.

*¡Qué fácil es enamorarse y qué difícil mantenerse enamorado!* Hay toda una metodología del amor conyugal que no es otra cosa que la alquimia del amor entre dos personas. En ella se hospedan ingredientes diversos y esenciales, como son: cuidar la relación con detalles pequeños; crecimiento recíproco de la pareja para evitar que cada uno vaya en dirección opuesta; diálogo, que es comprensión y ponerse en el lugar del otro; capacidad para perdonar: no llevar cuenta de los fallos y errores del otro; ser capaz de aplicar el sentido del humor en tantas circunstancias de la vida ordinaria: el sentido del humor es patrimonio de los inteligentes; la espiritualidad, la travesía que va de lo natural a lo sobrenatural, de lo inmanente a lo trascendente, de la visión de la vida tejas abajo a otra mirada más ascendente...

En cada persona existe un santuario, que es la conciencia, un segmento de ella es psicológico: que no es otra cosa que darse cuenta de la realidad, la otra vertiente es moral: saber distinguir lo que es correcto de lo incorrecto, lo que es moral de lo que es inmoral, pensando que la moral es el arte de tratar al otro con dignidad.

Creo que el libro tiene frescura, libertad, realismo, expresiones directas de lo que se escucha en la calle, hay un momento en el que uno de los estudiantes que asiste al curso del profesor Hernández Urigüen dice: «... es que mucha gente no termina de conocerse, ellos y ellas se divierten, salen juntos, beben, bailan, se ríen... pero echan en falta ir descubriendo los misterios del alma de la persona que tienen enfrente». Me parece muy acertada la respuesta del autor de ese libro en ese caso concreto, y en otros. Lle-

gar a un *lenguaje común* de tal manera que eso significa comprensión, afinidad, ponerse en el lugar del otro.

Dice un refrán castellano que «amigo que no da y cuchillo que no corta, aunque se pierde no importa»: sin el amor no hay donación, ni perdón ni alegría compartida, ni la posibilidad de trazar un proyecto común, eso no es amor, eso es otra cosa.

Igual que el sexo sin amor no te ayuda a crecer como persona, un enamoramiento basado solo en la belleza exterior tiene mal futuro.

Enamorarse es hacer una mitología privada de otra persona. Elevarla de nivel y prometerle que lo mejor que uno tiene saldrá en esa dirección, cueste lo que cueste. Las promesas de amor seguras se hacen melodía con la donación y la entrega.

Si el amor está bien construido, si la pareja está bien sedimentada esa relación tiene futuro. Y el amor debe ser integral: la sexualidad es la parte corporal del amor; mientras que la afectividad es la parte psicológica del mismo.

Que los lectores lean el libro subrayándolo, tomando nota, sabiendo que hay mucha psicología en su interior y mucho conocimiento del hombre.

La psicología es la ciencia de la conducta aunque tiene a la vida como *objeto*, a la *observación* como medio y a la *felicidad* como destino.

ENRIQUE ROJAS  
Catedrático de Psiquiatría